

TEOLOGÍA MORAL Y ESPIRITUAL

Javier SÁNCHEZ CAÑIZARES, *Moral humana y Misterio Pascual. La esperanza del Hijo*, Pamplona: Eunsa, 2011, 243 pp, ISBN 978-84-313-2809-2.

«La tesis central de este libro –leemos en el primer párrafo de la Introducción–, es que en el actuar de Jesús se da una novedad decisiva para la configuración del actuar humano. Las páginas actuales proceden del convencimiento que solo es posible entender en plenitud dicho actuar a partir del misterio pascual de Cristo» (p. 15). Estas dos frases señalan las coordenadas que enmarcan todo el libro y de las que Sánchez Cañizares no se aparta en ningún momento: la atención a la radical novedad inherente al ser y al actuar de Cristo –especialmente al actuar–, y la consideración de todo este actuar «recapitulado» –es decir, recibiendo su unidad y su sentido– desde el misterio de la Muerte y de la Resurrección del Señor. El lector se encuentra, pues, ante un libro que es a la vez de teología moral y de cristología. Ambas vertientes resultan muy interesantes, pues en la mutua articulación en que las presenta el Autor abren un panorama prometedor de nueva fecundidad, especialmente para los estudios de teología moral. Por nuestra parte nos fijaremos especialmente en los aspectos pertenecientes a la teología moral.

La división en capítulos es una buena muestra de la sobriedad con que el Autor se ha atendido al propósito inicial. Está dividido en dos partes: I. *La moral en la Trinidad.*

El ser-actuar del Unigénito-Primogénito (pp. 31-118); y II. *La moral en el hombre. El actuar de los hijos de Dios* (pp. 119-218). El orden seguido en los siete capítulos puede calificarse de pedagógicamente perfecto: 1. *La revelación de la moral en Cristo*; 2. *Moral y misterio pascual*; 3. *La moral post-pascual*; 4. *Una moral teologal*; 5. *La vida moral como esperanza en acto*; 6. *La luz del Hijo y el amor del Espíritu*; 7. *Esperanza y absolutos morales*. Partiendo de los fundamentos cristológicos –Cristo en cuanto manifestación plena de la imagen de Dios en su ser y en su actuar– los Padres de la Iglesia, entre ellos Gregorio de Nisa, definieron al hombre como imagen de la Imagen –y, siguiendo la teología bautismal, describieron el obrar cristiano como actuación filial en Cristo–. A este respecto resulta muy oportuna la insistencia con que el Autor habla de Cristo como Primogénito entre muchos hermanos, pues en *El en cuanto Primogénito* se recapitula el último sentido de la acción moral humana; se recapitula, de hecho, el sentido de la vida humana, del actuar moral y de toda la historia.

Apoyado en esta convicción y teniendo en primer plano la fuerza «recapituladora» del Primogénito, el Autor propone con sencillez su planteamiento teológico: «Hay una moral en el misterio pascual del Señor, que enseña al hombre cuál es la moral defi-

nitiva. Se ha de hablar, por tanto, de una estructura pascual de la moral, de manera que los temas clásicos pueden y deben ser explicados a la luz de dicha estructura» (p. 15). Como es obvio, son muchas las cuestiones implícitas en semejante toma de posición, entre ellas una de suma importancia: la relación natural-sobrenatural o, formulada de otro modo, la cuestión del único *fin* del hombre y la influencia que la unicidad de este fin tiene en la estructura del corazón y de la moralidad humana.

A mi modesto entender, el libro, no exento de cierta audacia juvenil, no puede calificarse de precipitado o imprudente. No se trata de un aerolito, sino de una investigación que se inserta en el esfuerzo de muchos profesores de teología empeñados –y Dios sabe cuán necesario es esto– en la renovación de la teología moral.

Pienso que el Autor lleva razón cuando escribe: «Contrariamente a la opinión de algunos libros de moral fundamental, mi impresión es que hay mucho y bueno escrito acerca de esta disciplina en la actualidad. La renovación de la Teología moral, augurada por el Concilio Vaticano II, se está llevando a cabo» (p. 16). Y con objetividad científica cita detalladamente las influencias más notables que ha recibido y que, de una forma u otra, conforman el contenido de esta monografía. Estas influencias constituyen quizás la mejor descripción del contenido y de su intencionalidad: «En esta obra intento dar cabida a las intuiciones de Angelini, inspirándome en dos intentos actuales de construcción de una moral fundamental: los de los grupos encabezados por Réal Tremblay y Livio Melina, manteniendo la primacía del polo cristológico sin renunciar al antropológico *en Cristo*. Deseo igualmente desarrollar la intuición de Zuccaro sobre una moral construida a partir del Unigénito y Primogénito de muchos hermanos» (p. 16).

El camino no es fácil, ni está exento de obstáculos y dificultades, pero merece la pena seguirlo con honestidad y con mirada

amplia, es decir, teniendo presentes las diversas cuestiones teológicas y filosóficas, entre ellas, la articulación entre la especificidad de la moral cristiana y su universalidad, es decir, su carácter de moral válida para todo hombre. Las ardientes polémicas sobre este asunto en la segunda mitad del siglo pasado dejan bien claro lo arduo de la empresa. El Autor es consciente de ello, y se suma a ese número no pequeño de autores que intentan una renovación de la teología moral acorde con los problemas que plantea el siglo veintiuno y con posibilidades de ser «entendida» por los hombres de nuestro tiempo.

Entre las características de esa renovación de la teología moral debe encontrarse activamente presente el aprecio y la atención al logos, a la racionalidad, a mi entender, característica irrenunciable a toda tarea humana, si se quiere que sea verdaderamente humana. El Autor lo expone así ya al final del libro: «Resulta insuficiente una Teología moral que mencione la sinergia entre Dios y el hombre pero no la explique. La realidad de la sinergia es consecuencia de algo aún más fundamental, que tiene que ocurrir en el plano antropológico de las facultades y, más concretamente, en el plano de la racionalidad práctica. Así, mientras el grupo de Tremblay desarrolla ampliamente una Teología moral a partir de la Trinidad económica y el grupo de Melina lo hace desde la antropología trinitaria, ambas perspectivas han de complementarse y completarse con el desarrollo de la mediación dinámica de Cristo-Logos en la razón práctica» (p. 220). No es una sugerencia baladí; una vez más se confirma aquella hermosa frase de Balthasar: «La verdad es sinfónica».

Una última anotación: desde la perspectiva pascual del Autor, no tiene sentido una distinción entre Teología moral y Teología espiritual que vaya más allá de las exigencias propias de un plan de estudios.

Lucas F. MATEO-SECO